

La noche hambrienta

RAFAEL BALANZÁ

Nuevos Tiempos Siruela



Rafael Balanzá

La noche hambrienta

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

La noche hambrienta

Hasta la muerte me negaré a amar una creación
donde los niños son atormentados.

Albert Camus, *La peste*

Aquí no hay nadie... Ricardo ama a Ricardo...
Eso es; yo soy yo... ¿Hay aquí algún asesino?

W. Shakespeare, *Ricardo III*

Sesión segunda

Sesión segunda

–¿Hemos empezado?

El proyector emitía un sólido cono de luz que pasaba sobre sus cabezas y estampaba su base contra la pared del fondo. Por tanto, los tres rostros que tenía delante quedaban en penumbra, en realidad casi en sombra –dos hombres y una mujer a quienes ya conocía–, pero no era éste el problema.

–¿Hemos empezado ya?

El problema era que ahora, al parecer, ni siquiera se tomaban la molestia de contestarle.

–¿No cree usted que ya hemos empezado?

A Beltrán esta pregunta le pareció un gran avance. No importaba lo desagradable que fuera el tono. Por lo visto, igual que la última vez, el más viejo iba a ser prácticamente su único interlocutor. Era él quien acababa de interrogarlo, y sería probablemente con él con quien hablaría la mayor parte del tiempo. Pero ignoraba de cuánto tiempo se trataría. Ni siquiera podía imaginarlo. Hasta que ellos se dieran por satisfechos, claro. Al menos habían empezado, y por eso el final estaba ahora infinitamente más próximo.

–Su esposa.

–Mi esposa...

–Díganos otra vez cómo fue.

Resultaba evidente que se avecinaba una nueva guerra de nervios. ¿Qué más querían saber?

–Usted perdone, pero creo que ya les he hablado de eso. ¿Qué es lo que quieren saber? ¿Qué más...?

Del corredor no llegaba ningún ruido. No parecía alcanzarlos ningún sonido procedente de punto alguno del edificio, ni tampoco del

exterior. Y allí dentro apenas se escuchaba un murmullo muy leve, casi inaudible, que tal vez procediera de un purificador de aire.

–Maté a mi mujer siguiendo milimétricamente sus instrucciones. Él lo planeó y yo lo ejecuté. Milimétricamente. Seguí exactamente sus instrucciones. Sus instrucciones fueron muy precisas. Y todo salió bien, como ya sabe...

–Su amigo...

–Amando.

–De quien, por supuesto, no conoce su actual paradero, y a quien nadie ha visto tampoco recientemente...

–No sé dónde está y no me interesa si alguien más lo ha visto o no. Sí... Amando llevaba dos días en casa cuando me reveló los planes de Marian. Ella se proponía arruinarme, ¿sabe? Amando me proporcionó pruebas... Pruebas muy sólidas, indiscutibles. Era jueves, creo. Sí... Debía de ser jueves, porque él vino a casa el martes por la tarde, si no recuerdo mal. El jueves me dijo que pensaba contarme algo que me interesaba mucho. Me pidió que bajase para hablar con él después de la cena. Alicia había regresado por la mañana y se pasó casi toda la tarde durmiendo. A mediodía le había propuesto salir a cenar, pero estaba demasiado agotada. Era lógico. No insistí. Así que esa noche cenamos en casa. Y luego, más tarde, bajé al garaje y hablé con él.

–¿Y fue él quien le sugirió que matara a su esposa?

Desde luego que no había sido así. Una vez comprobada la veracidad de aquellas revelaciones, fue él mismo quien tomó la determinación: «Creo que voy a matarla», dijo expresamente. Ésas fueron sus palabras. Entonces –y sólo entonces– Amando le preguntó si quería saber una buena forma de llevarlo a cabo.

–Me dijo que tenía la solución a todo el problema. Me aseguró que tenía un plan infalible, y que me libraría de ella para siempre, sin consecuencias legales. Pero la idea de matarla... no estoy seguro. Puede que partiera de mí.

–Continúe, por favor.

–Tuve la impresión de que él llevaba siglos planeándolo. Siglos. Ni siquiera le pregunté cómo había averiguado todos aquellos datos acerca de mi vida actual. Todo era demasiado extraño. Empezando por su misma presencia, después de tanto tiempo. Me sentía desbordado. Mi

capacidad de asombro, quiero decir... estaba desbordada. De pronto, no podía pensar en otra cosa que en librarme de mi esposa como fuera. Y él lo tenía todo minuciosamente planeado. Hablaba con seguridad. Sin mirarme. Febril. Manoseaba con fruición los mandos del batiscafo, casi con veneración... como uno de esos pioneros de las profundidades. Como uno de esos científicos, del estilo de Piccard, que descendían por primera vez a una fosa oceánica...

—¿Puede explicarnos qué es eso de un batiscafo? ¿De qué está hablando?

—El batiscafo. Sí... mi batiscafo. Stalker. Perteneció a la Royal Navy. Se lo compré en Panamá a un norteamericano... un tal McLean, que exportaba caucho a los Estados Unidos. Hará de eso unos doce o catorce años. ¿Qué ocurre? No me creen. No tengo por qué inventarme una cosa así. Además... no tienen más que ir a mi casa. Supongo que estará todavía en el garaje. Se llama Stalker.

—¿Un batiscafo? ¿Se refiere a una especie de submarino?

—Un sumergible para la exploración oceánica, exactamente. Lo compré en Panamá, como le digo. Me encapriché de él. Es una pieza única. Y en aquel momento mi situación financiera era algo más que desahogada. Podía permitírmelo. Tardaron cuatro meses en enviármelo... en un mercante italiano. A mi hijo le entusiasmaba cuando era pequeño. Ahora ya no le interesa. Nada mío le interesa. Por favor... ¿cuándo podré volver a ver a mi hijo?

—Lo siento. Por el momento eso no es posible. ¿Por qué estaba su amigo dentro del batiscafo?

—Guardo el Stalker en el garaje de casa. Es una vivienda de trescientos metros cuadrados, para que se hagan una idea. Dos plantas y un garaje. Un garaje muy grande. Tengo allí un Ford Mustang del '66, perfectamente conservado. Reluciente, si me permiten que lo diga. Mi Jaguar... Y también guardo allí el Stalker. Pueden comprobarlo. Pero supongo que bastará con que hablen con la policía.

—No... no será necesario. Entenderá que es algo insólito... un batiscafo. De todos modos, todavía no ha contestado a la pregunta. ¿Por qué estaba su amigo dentro de ese aparato?

—¿Y por qué no se lo preguntan a él? ¿Qué importancia tiene eso?

El interrogador hizo entonces un gesto negativo, terminante, con su mano sobre la mesa. Tenía algo en esa mano. Una pluma, o un bolígrafo. Ese gesto implicaba a la vez una admonición y una reiteración de la pregunta. Beltrán lo captó de inmediato: Amando no aparecía por ninguna parte, de modo que no había nada que preguntarle. Además, ellos esperaban que respondiera a todo, sin objeciones, y sin eludir nada. Y cuanto antes lo hiciera, antes terminarían.

–Siempre le ha gustado el mar, igual que a mí. Y siempre le han gustado las máquinas de toda clase... Recuerdo que tenía su casa de Caracas llena de juguetes. Nos parecemos en muchas cosas. Supongo que por eso nos hicimos amigos, ¿no? La cuestión es que le gustaba que habláramos dentro del batiscafo. No sé explicarlo de otra manera.

–Bien... Está bien... Quizá pueda explicarnos... –el hombre mayor fue interrumpido por la mujer joven que tenía a su izquierda. Ella le había parecido a Beltrán, la primera vez, casi bonita, aunque algunos de sus rasgos (los pómulos, por ejemplo) resultaban demasiado pronunciados. Ahora en cambio, sumida en aquella penumbra, tenía un aspecto siniestro. Y parecía mucho más vieja.

Cuando ella terminó de hablar al oído del principal interrogador, éste carraspeó y reanudó el discurso en el mismo punto en que lo había dejado.

–Sí... podrá... supongo que podrá explicarnos, al menos, cuáles fueron esos secretos que su amigo Amando le reveló. En fin... cuáles fueron los motivos para que usted tomara la... la decisión extrema de...

–Marian y yo estábamos separados desde hacía dos años. Han sido dos años de calvario legal para evitar que me esquilmaran... por completo. Quería quedarse incluso con la casa, ¿entiende? ¡Yo la había comprado mucho antes de que nos casáramos! Incluso antes de conocerla, cuando regresé de Venezuela. Eso fue hace... diecisiete años. Yo tenía... treinta y...

–Perdón... ¿Qué edad tiene ahora su hijo?

–Doce... No. Trece.

–Bien... por favor, continúe.

–Sí... Bueno... en resumen, Amando me explicó que los abogados de Marian pretendían demostrar que soy un padre incompetente, que no

cumplo con mis obligaciones. En realidad ella iba detrás de mis propiedades. Por lo visto, llevaban meses acumulando munición contra mí. Sólo si yo cedía me permitirían mantener la custodia compartida de Fabio. De lo contrario me acusarían de ser un padre irresponsable.

—¿Y lo era?

—Mi hijo es prácticamente lo único que me interesa.

—Sin embargo, ha iniciado una nueva relación...

—Algo inexcusable, supongo, y que me incapacita como padre. Aunque habría que preguntarse por la media docena de relaciones que ha tenido ella desde que se largó. Por cierto, no sé si ya les he dicho que se llevó todo lo que había en ese momento en nuestra cuenta corriente.

—Por favor, prescinda de las ironías. Dice usted que su esposa pretendía utilizar a su hijo para extorsionarlo. Si no le hemos entendido mal, parece que lo amenazaba con arrebatarle la custodia... pero eso no es tan fácil.

—Normalmente no —explicó Beltrán—, pero ocurrió algo. La primavera pasada. Un accidente. Todavía no he podido perdonármelo, ¿sabe? —mientras hablaba retorció los dedos de sus dos manos, entrelazándolos nerviosamente, amasándolos, aprisionando unos con otros—. Fue un accidente de tráfico, y Fabio estaba conmigo. Me lo había llevado a la bolera. Quería pasar más tiempo con él. Pensé que se divertiría. Y no me equivoqué mucho en eso, la verdad. Lo malo fue que luego, en lugar de tomar un taxi, le pedí a un amigo que nos llevase de vuelta a casa. Me aseguró que no había bebido nada hacía más de una hora. Por fortuna, el accidente no fue muy grave, pero la policía encontró alcohol en la sangre del conductor. Y después, también en la del chico. Le habían hecho la prueba porque lo vieron un poco mareado. La verdad era que Fabio se había tomado una cerveza. Una sola. Quería que entendiera que lo podíamos pasar bien juntos. Pero no debí permitir que... A veces tener buenas intenciones es parecido a tener armas cargadas en casa. Esa noche yo sólo había intentado acercarme a él. Y mire lo que pasó. Fue como un regalo para mi mujer. Después de eso, podía amenazarme incluso con pedir que me quitaran el derecho de visita.

—Bien... —intervino otra vez el que llevaba la voz cantante—, la cuestión es que su amigo le ofreció un plan aparentemente perfecto para

matarla. ¿Por qué lo hizo? ¿Estaba en deuda con usted? ¿Quería dinero a cambio?

—¡Dinero! —Beltrán no pudo evitar que un conato de carcajada, en forma de tos, sacudiera su pecho—. No... no. Él... sólo... quería ayudarme. Nada más. Era yo quien... Creo que era yo quien estaba en deuda con él. Y no él conmigo.

En ese momento intervino el otro hombre. El que estaba sentado a la derecha del interrogador principal. Era calvo, aunque parecía joven:

—¿Cuándo se conocieron? ¿Dónde conoció a ese tal... Amando?

—Fue en México, hará unos veinte años. Yo trabajaba para una multinacional de telefonía que entonces estaba en plena expansión. Ya saben a cuál me refiero. Después me marché. No era feliz, así que di el portazo. Por las buenas. Había ahorrado algo de dinero. Como para vivir cómodamente un par de años sin trabajar. Estaba soltero. No tenía obligaciones. Y entonces fue cuando me encontré con Amando en una cantina de Guadalajara. Simpatizamos. Nos hicimos amigos enseguida. Él estaba, más o menos, en la misma situación. También teníamos la misma edad. Y los mismos gustos, como les he dicho antes. Excepto en cuestión de mujeres... Bueno... Eso no importa. Él me habló de un buen negocio... en Venezuela. Algo relacionado con la exportación de maquinaria. En realidad era un chanchullo... Me di cuenta desde el principio. Pero en esa época yo me sentía... No sé cómo explicarlo... ¿hastiado? Supongo que estaba en alguna especie de crisis. La de la última juventud, la de la eterna adolescencia, la de la primera madurez... No lo sé. El caso es que viajé a Caracas con él, y me metí en asuntos cada vez más turbios. Siempre de su mano. Pero nos iba bien, la verdad. Ganábamos mucho, y lo gastábamos casi todo. Puede parecer una necedad. Hay que haber vivido de esa manera para entenderlo...

—Pero antes ha dicho —era otra vez el más viejo de sus interrogadores el que lo interpelaba—, ha dicho que hacía muchos años que no veía a su amigo. ¿Puede decirnos qué fue lo que los distanció, y por qué vino de pronto a visitarlo, después de todo ese tiempo?

Beltrán se sintió en ese momento como si le hubiera tendido la mano, por sorpresa, su propia efigie desde el otro lado del espejo. Algo no encajaba del todo en su cabeza. De pronto parecían haber cambiado de

lugar todas las piezas en el tablero, y ya no sabía cuál era la partida que realmente estaba jugando.

Recordó entonces, con intensidad, aquella tarde de mediados de septiembre. Dos meses atrás, más o menos. Recordó lo que estaba haciendo exactamente cuando sonó el timbre de la puerta. Acababa de hablar con Alicia por teléfono y había sacado un helado de la nevera. Tenía la cuchara en la mano cuando oyó que llamaban, así que la hundió oblicuamente en el bloque de fresa y chocolate, estoqueando a conciencia al mismo tiempo que asimilaba su leve frustración antes de ir a ver quién era.

Cuando descubrió a Amando en la pantalla del portero automático, le pareció lo más natural del mundo. (Por mucho que ahora le costara entenderlo.) Y si no le abrió inmediatamente, fue sólo porque estaba haciendo unos gestos realmente extraños que lo desconcertaron y lo sumieron en una perplejidad difícil de vencer. ¿Qué era lo que señalaba? ¿La verja exterior de la casa? ¿A alguien que pasaba en ese momento por la calle? ¿Y por qué se tapaba la boca de ese modo, con la otra mano, como si ocultase la risa, o como si no quisiera que se le escapara una palabra inconveniente?

Sin embargo, cuando por fin le abrió la puerta, su conducta fue absolutamente natural. Un poco fría, pero eso no era raro en él. Ni siquiera lo saludó. «Qué... ¿No te dije que vendría?» Ésas fueron sus primeras palabras. Luego le estrechó la mano, puso la otra en su nuca y le estampó un sonoro beso en la mejilla. «No me creíste, ¿verdad?»

Beltrán se vio obligado a reconocer que había dado por sentado que no volvería a verlo nunca. Y, no obstante, lo cierto era que había soñado con él recientemente. Incluso le había acometido el extraño impulso de llamarlo por la mañana, al recordar el sueño. Pero evitó mencionar nada de esto, porque supuso que Amando no lo creería. Lo cierto era que ahora, de pronto, lo tenía otra vez allí delante. «No esperaba que vinieras –le dijo–, no lo esperaba... pero me alegro. Me alegro de verdad.» Amando sonrió cruelmente, mostrando los caninos inferiores, igual que un bulldog. Dejaba así patente su escepticismo, pero se abstuvo de decir nada.

Al principio estuvieron hablando de los derroteros de la vida de cada cual desde la última vez que se vieron. Beltrán quiso disculparse por la